

PERORACIÓN. — Sí, pero, hermanos míos muy amados, para que la gracia produzca en nosotros estos felices efectos, es preciso que seamos fieles á sus inspiraciones. En vano nos hablará ella, si nosotros cerramos los oídos. En vano os esforzaríais en apartar del abismo á quien se obstinase en rechazar la mano que le ofreceis... Asimismo, la gracia de Dios, para obrar en nosotros, necesita del concurso de nuestra voluntad. Es una voz que habla á nuestro corazón, hay que escucharla; es una mano que nos tiende Dios para dirigirnos y guiarnos, hay que cojerla con reconocimiento; pongamos cuidado en no abusar de este precioso don...

Dice san Buenaventura (1) que había un hombre rico llamado Gedeón que tenía una conducta ligera y cuya vida distaba mucho de ser la de un buen cristiano. Este hombre cae gravemente enfermo; llámase á san Francisco de Asís, que á la sazón era célebre por sus milagros. «¿Qué queréis de mí? le preguntó el santo.—Que me devolvais la salud, contestó el enfermo.— Pero, amigo mio, yo no soy Dios, y sólo él os la puede devolver.— No sois Dios, pero yo sé que vuestras oraciones tienen tanto poder sobre su corazón, que siempre os atiende: suplicadle pues por mí.» Púsose de rodillas el santo y obtuvo para aquel pobre enfermo la salud del cuerpo y la del alma... Después, al dejarle: «Poned cuidado, le dijo, amigo mio; la misericordia de Dios tiene sus límites, el número de las gracias que Él nos ha destinado no es infinito: mudad de vida, ú os aconteceran mayores males...»

Esta saludable amonestación, prosigue san Buenaventura, aquella enfermedad enviada para convertirle, aquella salud milagrosamente devuelta, eran tres vueltas que la gracia daba alrededor de su corazón para hacerse dueña de él. El desgraciado abusó de ella. Apenas hubo recobrado sus fuerzas, se entregó de nuevo á una vida de desórdenes... Habíase llenado la medida; una noche, el techo de la casa se hundió sobre aquel desventurado y, añade el santo, sólo despertó entre las llamas del infierno (2)...

Carísimos hermanos, seamos fieles en seguir las luces, las buenas

(1) En la vida de S. Francisco de Asís.

(2) V. saint Jure, *Connaissance et amour de Jésus-Christ*, t. IV, pág. 32, edic. Vivès.

inspiraciones que Dios nos da, y en vez de participar de la suerte de aquel infeliz, podremos abrigar la dulce esperanza de ir al cielo, á alabar y bendecir al autor de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo, á quien sean dados gloria y amor por los siglos de los siglos. Así sea.

## INSTRUCCION TERCERA PRELIMINAR

¿QUÉ ES LA ORACIÓN? OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE ORAR.

TEXTO. — *Subditus esto Domino, et ora eum...* Sé sumiso al Señor, sé fiel en invocarle.

(SALMO XXXVI, VERS. 7.)

EXORDIO. — Amados hermanos míos, al empezar esta instrucción, tengo aún que daros una ó dos explicaciones sobre la gracia, á fin de que sepais, sobre este importante asunto, todo lo que un cristiano instruído puede y debe saber.

Ha habido unos herejes llamados Pelagianos, los cuales enseñaban que la gracia no era necesaria, ó que la podíamos merecer por nosotros mismos. San Agustín, con todo su talento, aplastaba á aquellos miserables orgullosos: «Insensatos, les decía (1), si nosotros podemos merecer la gracia, ya no es una gracia, ya no es un don gratuito; se convierte en un salario que Dios nos debe... Si podemos prescindir de la gracia, ¿para qué bautizar á los niños?... Entonces no serían verdad aquellas palabras de nuestro Salvador Jesús: «Sin mí, nada podeis hacer meritorio para el cielo.» Y la Iglesia con su soberana autoridad, arrojaba de su seno á aquellos herejes que, negando la necesidad de la gracia, discutían y aminoraban los méritos de nuestro divino Salvador, y el amor infinito con qué sufrió la muerte por nosotros...

(1) V. *Ouvrage inachevé contre Julien*, passim.

Otros sectarios vinieron más tarde : eran Lutero y Calvino : estos pretendían que la gracia lo hacia todo en la obra de nuestra santificación, que ninguna necesidad tenía ella del concurso de nuestra voluntad... Otros pretendían que nuestra suerte estaba fijada de antemano : « Obre bien ú obre mal, decían ellos, Dios sabe si tengo que estar á la derecha ó á la izquierda durante la eternidad : mis esfuerzos en nada alterarán su decreto ; » y se entregaban á todos los vicios... ¡ Cuán absurdo razonamiento !... Un rey cuyo nombre no recuerdo, había abrazado este error (1), y se complacía en repetir con frecuencia, para justificar sus desórdenes : « Mi suerte está fijada en los decretos de Dios, me condenaré ó me salvaré ; de consiguiente no tengo por qué ocuparme de mi porvenir en la eternidad. » Cayó enfermo é inmediatamente mandó venir á su lado á un médico tan hábil en su arte como fervoroso cristiano. — « Señor, le dijo el doctor, ¿ para qué me habeis llamado ? — Mirad, contestó el príncipe, tengo una fuerte calentura ; es menester que con el auxilio de vuestro arte, me alivie y me cure. — Pero, insistió el médico, Dios ya sabe si habeis de recobrar la salud ó si esta enfermedad os ha de producir la muerte : mis esfuerzos pues serán inútiles, porque en nada alterarán su decisión. — ¡ Ah ! dijo el príncipe, no importa, haced la prueba : veo claramente que, si no se me aplican cuidados inteligentes, esta enfermedad me llevará á la tumba. — Está bien, señor, repuso el doctor, voy á emprender vuestra curación : mas esto os enseñará cuán falso es el razonamiento que haceis, cuando decís que no teneis necesidad de ocuparos de vuestra alma, porque Dios ya sabe si debeis salvaros ó condenaros... Haced pues por vuestra alma, lo que yo voy á hacer por vuestro cuerpo... Tened una buena voluntad, recurrid á la oración y á esos remedios divinos que se llaman los sacramentos : ellos curarán vuestra alma que está todavía más enferma que vuestro cuerpo. » Dicen que el príncipe comprendió el argumento y trabajó desde entonces en reformar su conducta... Sí, amados hermanos, Dios, en su ciencia infinita, sabe cuál será nuestra morada durante toda la eternidad ; pero nosotros también sabemos, y la fé nos lo enseña, que quiere salvarnos á todos y que á todos nos da las gracias suficientes para ir al cielo...

(1) Creo, sin que haya tenido tiempo de comprobarlo, que era Luis V, emperador de Alemania, quien, por lo demás, no fué un gran monarca.

PROPOSICIÓN. — Pero ¿ cómo podemos obtener la gracia ? El catecismo contesta : por medio de la oración y de los sacramentos... Trataremos de los sacramentos en las instrucciones siguientes ; más adelante, entraré en largos detalles sobre la oración : esta mañana me limitaré únicamente á deciros algunas palabras sobre este importante asunto.

- DIVISIÓN. — *En primer lugar*, qué es la oración ; *en segundo lugar*, obligación que tenemos todos de orar : tales son los dos pensamientos sobre que voy á detenerme por algunos momentos.

*Primera parte.* — ¿ Qué es la oración ?... Es una elevación de nuestra alma hácia Dios para adorarle, para pedirle sus gracias y para agradecerle sus favores... Es un diálogo, una conversación de nuestra alma con Dios... ¿ Qué gloria para nosotros, hermanos míos muy amados, qué dicha ! El omnipotente, el soberano Señor de cielo y tierra nos permite que le hablemos, se inclina, en cierto modo, hácia nosotros, para escucharnos : su gracia nos engrandece, nos eleva para que podamos llegar hasta sus oídos, y ved ahí cómo y porqué de la oración se dice que es una elevación del alma hácia Dios...

Leemos en la vida de san Francisco de Sales un rasgo sencillo y sumamente conmovedor (1)... Este buen santo, haciendo un dia el catecismo, refería á los niños los placeres que nuestros primeros padres gozaban en el paraíso. — « Una de sus más dulces alegrías, decía, era la de conversar con Dios, con el mismo Dios, y hablarle como á un padre amantísimo. » — Levántase uno de sus jóvenes oyentes y exclama : « ¡ Ay ! ; qué lastima que ya no sea así ahora ! ¡ me gustaría tanto hablar á Dios y conversar con él !. » Alegróse el santo obispo de esta interrupción y del deseo expresado por el niño ; sonrióse y le dijo : « Consuélate, amiguito mio, si perdimos el paraíso terrenal, no hemos perdido á Dios : Dios está siempre cerca de nosotros ; en todo lugar y á cada momento podemos hablarle y conversar con él por medio de la oración. Cuando le decimos : *Padre Nuestro*, contesta cariñosamente : « Sí, lo soy, y vosotros sois mis hijos. » — Realmente, carísimos hermanos míos, la oración es verdaderamente un diálogo, como os decía, una conver-

(1) V. su *Vida* y el *Catechisme de Persévérance*, por M. d'Hauterive, t. XII, pág. 100.

sación del alma con Dios.... En todo tiempo y en todo lugar está dispuesto á escucharos. Si en medio de vuestros trabajos, vuestra alma le dice : Yo os adoro, me someto á vuestra voluntad, os ofrezco mis fatigas y sudores ; en verdad os aseguro que Él os oye y os bendice..... Si, infelices pecadores, le decimos : Apiadáos de mí, perdonadme mis faltas ; Él nos perdona, si estas palabras salen del fondo de nuestro corazón... Y ahora mismo, antes de la santa Misa, cuando, disponiéndome para este acto augusto, le decía yo ; *Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum in visceribus meis* ; Dios mio, dadme un corazón puro y una intención recta para subir dignamente al altar, » tengo la confianza, sí, Dios mio, de que me habeis atendido... Y cuando en el *Memento* de los vivos, rogaré, en nombre de la Iglesia, por vosotros, y cuando, en el *Memento* de los muertos, encomendaré á la misericordia del Señor á nuestros parientes difuntos, ; ah! por mi alma os digo que Dios me oirá y me concederá la gracia de atenderme. ; Esto es la oración !.. Tanto si se hace en público, como si se hace privadamente ; tanto si brota del corazón de un niño, como si se escapa del hombre más instruído, es siempre una elevación de nuestra alma que conversa con Dios....

; La oración ! Sí, según los santos, es la llave del cielo, la mano del alma, (1) ; La llave del cielo ! ; La mano del alma ! ; Qué expresiones !.. ; Y cuán exactas son !.. Figuráos un espléndido palacio : vosotros deseais visitarlos y contemplar las curiosidades que encierra. Es imposible : estan cerradas las puertas... Pero, con el auxilio de ese débil y mezquino instrumento que se llama una llave, podeis penetrar en el interior : ya no habrá secretos para vosotros. En vano, pobres almas fatigadas, experimentaréis deseos de ir un día al cielo, inútilmente dareis vueltas alrededor de aquel lugar de delicias.... Si no orais, permanecerá cerrado... La oración, la oración exhalándose, Dios mio, de nuestros corazones es cosa en verdad muy ténue, muy imperfecta ; y sin embargo, hermanos míos muy amados, es la llave que nos abre el cielo y que debe descubrirnos sus esplendores....

He dicho que la oración es la mano del alma... Recordad, hermanos

(1) V. Lange, *Polyanthea*.

mios, aquellos inmensos tesoros de los méritos de Jesucristo, de que os he hablado... Estan aquí ; la Iglesia santa los ha puesto á vuestra disposición y á la mia.... ¿ Cómo podemos saborearlos, apropiármolos, enriquecer con ellos nuestras almas ?... Oremos, hermanos míos, oremos mucho ; y por medio de la oración saborearemos por decirlo así plenamente aquellos inagotables tesoros de la divina gracia, y nuestra alma será rica y hermosa delante de Dios....

*Segunda parte.* — He añadido, hermanos míos muy amados, que teníamos la obligación, el deber de orar... Esta es una verdad que se impone : pocas palabras necesitaré para hacéroslos comprender... Nosotros debemos adorar á Dios, á nuestro soberano Maestro, al Criador de nuestras almas y de nuestros cuerpos : ahora bien, la oración del alma hácia Dios para adorarle, para decirle : « Padre Nuestro que reinais en los cielos, llegue vuestro reino, vuestra voluntad, siempre respetada, sea la suprema ley que gobierne las almas ; » éste es un acto de oración.... La oración es también un acto de reconocimiento, de acción de gracias por los beneficios que de Dios hemos recibido... ; Augusta Trinidad, nosotros os debemos la vida, la inteligencia, la salud ; vos sois quien nos las habeis dado : queremos demostraros nuestro reconocimiento !... ; Oh Jesús, dulce Jesús, Salvador tan bueno y digno de nuestro amor, vos habeis redimido nuestras almas : vos nos habeis alcanzado el perdón de nuestras faltas, la esperanza de poder ir un día al cielo ; sed para siempre bendito, recibid nuestra gratitud por vuestros beneficios !... Esto, hermanos míos muy amados, es también orar, porque la oración es una elevación de nuestra alma hácia Dios para darle gracias por sus beneficios....

Sin embargo hay otro efecto de la oración, sobre el cual quiero insistir, y que os hará comprender, mejor aún tal vez, cuán necesaria nos es, y con cuánta verdad decimos que tenemos obligación de orar... La oración, como hemos dicho, es igualmente una elevación de nuestra alma hácia Dios para pedirle sus gracias y los auxilios de que necesitamos para obrar bien, resistir á las tentaciones y tener pesar de nuestras faltas de una manera eficaz... Es imposible, hermanos míos muy amados, alcanzar las gracias de Dios sin la oración... La divina Providencia, la misericordia de nuestro soberano Señor nos ha dado este medio ; quiere, exige que nos sirvamos de él....

Refiérase que un mendigo polaco (1) que era cojo, estropeaba á sus hijos inmediatamente después de haber nacido. les rompía una pierna, al objeto de imposibilitarles para el trabajo. — « ¿Porqué procedéis así? le preguntó un vecino. — Para que mis hijos se vean obligados como yo á pedir limosna. — ¡Magnífico estado! dijo con sorpresa el vecino; en efecto, el pedir limosna es una profesión muy respetable. — Es humilde, si quereis, repuso el mendigo; pero, por experiencia propia, sé que es fácil y que produce mucho. » — Carísimos hermanos, nuestra alma fué, por decirlo así, mutilada por el pecado de nuestros primeros padres; se encuentra imposibilitada de dar ni un paso hácia el cielo; pero sí, reconociendo nuestra miseria y la necesidad que tenemos de la ayuda y socorro de Dios, imploramos humildemente su gracia, él vendrá á auxiliarnos. Sin embargo, no lo olvidemos, necesitamos humildad, necesitamos, cuando oramos, la íntima persuasión de que somos pobres, de que tenemos precisión de que Dios nos venga á socorrer... Mirad á ese hombre que os pide limosna; ¡qué elocuencia! Expone sus males, os muestra sus llagas para enterneceros; vuestro corazón se conmueve y le socorreis según vuestras posibilidades... Si no se hubiese humillado, si os hubiese hablado con indiferencia ó con un tono altanero y distraído, ¿le habríais auxiliado? Nó... Así, hermanos míos, os lo repito, nosotros, que nada podemos para salvar nuestra alma, debemos recurrir á Dios, es para nosotros una obligación; pero se le tiene que orar con humildad...

El mendigo, de que os hablaba, decía que su profesión era fácil y lucrativa... La oración por cuyo medio pedimos á Dios las gracias que necesitamos, es asimismo una cosa fácil... ¿Quién hay de entre nosotros que no pueda decir, golpeándose el pecho, con el pobre publicano del Evangelio: « Apadáu de mí, Dios mio, sed misericordioso conmigo, porque soy un pobre pecador »?. La oración nos proporciona al mismo tiempo considerable provecho. Aquel publicano, con todo y no haber dicho más que esas sencillas palabras, volvióse justificado, según nos lo dice nuestro divino Salvador. Volverse justificado después de una tan breve oración, ¡qué favor para tí, oh pobre publicano! Te son perdonados

(1) *Apud Lohner pal. Oratio. Conceptus prædicabiles.*

tus pecados, tu alma ha recobrado la gracia de Dios: ¡desde hoy eres un predestinado!... ¡Oh! cuán bueno es Dios, y cuán fácil y ventajosa á un mismo tiempo es, para nuestras almas, esta mendicidad espiritual, que se llama la oración, y por la cual nos dirigimos á él!...

Que tenemos nosotros la obligación de orar, si queremos obtener las gracias de Dios y serle agradable, es una verdad de experiencia; nadie de nosotros la puede impugnar... ¿Sabeis porqué ciertas jóvenes se conservan piadosas y modestas, muchos años después de su primera comunión?... Porque rezan... Y esas otras; porqué tan pronto han sacudido el yugo de la decencia? porqué contestan con insolencia á sus padres? ¿porqué este aturdimiento en sus palabras, esta ligereza en su conducta?... ¡Ah! os lo garantizo, es que no se ponen de rodillas ni por la mañana ni por la noche, y hasta cuando vienen á esta iglesia, ya no rezan, y la gracia divina se ha retirado de ellas... Y si entre los que me escuchan hay algunos en quienes esté embotada la fé y ahogados los remordimientos; si hay infelices pecadores que puedan pensar en el infierno sin creer en el y sin extremecerse, os diré también, hermanos míos muy amados, que el olvido de la oración es lo que ahí les ha llevado... Convenid pues conmigo que todo cristiano está en la obligación de orar...

PERORACIÓN. — Concluyo; pero al terminar este importante asunto de la oración, quisiera haceros oír otra voz que no fuese la mía... Oigo á los santos; todos han hablado elocuentemente de la oración; ¿á cuál de estos ilustres doctores voy á evocar?... ¿Cuál de ellos va á ocupar mi sitio en este púlpito, y á inspiraros algunos piadosos pensamientos, que conservaréis religiosamente en vuestros corazones?... Citaremos á san Lorenzo Justiniano... Representáos pues á este santo patriarca, con su noble presencia, su elevada frente, su cabeza coronada por una aureola de santidad, que más de una vez brilló durante su vida; ¡pues bien, él, este gran santo es quien os va á hablar!... Escuchad. — « Nada es tan fuerte, dice, para alcanzarnos las gracias de Dios, para resistir las tentaciones y vencer los esfuerzos del demonio: nó, nada es tan fuerte como la oración, hecha con perseverancia. » — Pero nosotros, oh gran santo, somos unos pobres obreros, necesitamos trabajar para ganar este pan de cada día que ha de subvenir á nuestras necesidades y á las de nuestros hijos. — « Podeis, dice, unir la oración al tra-

bajo, ofreciendo vuestras ocupaciones á Dios... Así como un soldado no se lanza al combate sin estar protegido por sus armas; de igual manera un cristiano no debe principiar su jornada sin haber hecho su oración. Antes de sus ocupaciones, eleve su corazón hácia el Padre que tenemos en los cielos, ofrézcale sus fatigas; y su mismo trabajo se convertirá en una oración. A un cristiano no le está permitido principiar un trabajo, cualquiera que sea, sin haber orado. » Y luego añadía el santo: « ¡Sea vuestra arma la oración cuando dejéis vuestras moradas; séalo también cuando volvais á entrar en ellas; ella os acompañe en vuestros trabajos; jamás descanséis en vuestra cama este cuerpo tan frágil, que la muerte puede matar en un instante, sin haber fortalecido también vuestra alma con la oración (1)!... » Tales son, hermanos míos muy amados, las lecciones de este santo doctor; ¡ojalá las hayamos escuchado con atención!... ¡El Dios de misericordia nos otorgue la gracia de que las sigamos con fidelidad!... Así sea.

## INSTRUCCION CUARTA PRELIMINAR

¿ QUÉ ES UN SACRAMENTO ? ¿ CUANTOS SACRAMENTOS HAY ?

TEXTO. — *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra : Euntes ergo, etc.* Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra : Id pues á instruir á todas las naciones, bautizando, etc..

( SAN MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18. )

EXORDIO. — Hemos dicho, hermanos míos, en las instrucciones precedentes, que la gracia, este don de Dios sobrenatural y puramente gratuito, era indispensable para nuestra santificación, y que, sin

(1) *Egredientem igitur de hospilio armet oratio. Regredientem de platea comiletur, cum ambulante ambulet, cum operante collaboret, nec prius corpusculum requiescat in strato quam anima precibus reficiatur.* San Lorenzo Justiniano, *de Oratione*, c. VI, y *de Ligno vitæ, passim.*

la gracia, nada podemos hacer que sirva para la salvación, que sea meritorio para el cielo... Jesucristo, os decía yo, es quien, por su Pasión y muerte nos mereció este precioso don; y añadía, con el catecismo, que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos, es como se nos comunica esta sávia divina. — Dije mal... Para emitir bien mi pensamiento, debía decir que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos es como se viene como á filtrar en nuestras almas, como las baña, las riega, las penetra, ne una palabra, las da la belleza, la fecundidad y la vida delante de Dios...

En las instrucciones siguientes, y hasta en la actual, os hablaré de los sacramentos... Pero antes de empezar este importante asunto, preséntase á mi imaginación una consideración tan triste como verdadera... Cuanto más frecuentes y múltiples son las maravillas de Dios, menos pensamos en ellas... La naturaleza, amodorrada durante el invierno, despiértase en la primavera; las secas praderas se cubren de verdor y no tardan en venir mil flores, de los más variados colores, á adornarlas como con un rico tapiz; cada año vemos esta maravilla, y no hacemos caso de ella... Los árboles han reverdecido, sus flores se han abierto, las ramas de nuestros verjeles se doblegan bajo su preciosa carga; nosotros contemplamos este espectáculo, y no hacemos caso de él... Nó, no le hacemos caso; porque, hermanos míos, si nuestro corazón no se eleva hácia Dios para dar gracias á su Providencia por todas estas maravillas, que dan vueltas en beneficio nuestro, ¡ la verdad! es que no hacemos caso de ellas, ó cuando menos que no las comprendemos como las deberíamos comprender...

¡ Oh maravillas espirituales realizadas en las almas por los sacramentos, mucho más desconocidas sois aún!... Pocos hay que piensen en dar gracias, en adorar á la inmensa misericordia de Jesús que os instituyó... ¡ Dios mio, dignaos perdonarnos, porque realmente somos muy ingratos!...

PROPOSICIÓN. — Carísimos hermanos, mi intención, mi objeto principal, al explicaros los sacramentos, será no solamente inspiraros veneración por estas invenciones de la bondad del Señor, sino y principalmente hacer brotar de vuestros corazones un himno de recono-